

La fuga del monaguillo

Enrique Córdoba



El cura enamorado

El sol del caribe teñía de naranja el caprichoso río Sinú la tarde que el representante de Dios en Lorica, aquel sacerdote italiano —colosal como un David de Miguel Ángel y con ojos azul mar— entrecerró la puerta de la oficina de la parroquia, para oír en confesión a Alicia Saleme, la libanesa más hermosa de la provincia.

Ella nunca pasó inadvertida, pues solía desafiar las miradas de hombres y mujeres, meneando su natura por las calles polvorientas de Lorica mientras buscaba en las aceras la sombra de los almendros. ¡Ay! Con ese caminado apretadito de potranca pura sangre, sus pollerines verdes de tafetán, kilos de joyas de Alepo colgando de sus muñecas y un rostro sensual calcado de Cleopatra.

—¿Se le ofrece algo más, su reverencia? —pregunté al cura, sin poder despegar mis ojos de la libanesa.

—Sí, joven. Vaya al almacén de Félix Manzur Saab —a una cuadra de la iglesia— y diga que le cambien las monedas por billetes —me señaló el párroco la salida, exhibiendo un mapa de ciénagas de sudor impreso sobre su sotana blanca, a la altura de la axila.

El bochorno de esa tarde era evidente en los seis botones de la sotana que el cura debió aliviarse —desde el cuello hasta el pecho— para recibir el fresco, y su impaciencia era patente en la manipulación nerviosa de un pañuelo amarillento, oloroso a esencia de limón de María Farina de Roger & Gallet, con el que se trapeaba el sudor que le escurría de su rostro rubicundo.

—Cuenta las monedas usted primero, allá en la banca del parque, y después vaya y exija que se las vuelvan a contar ante sus ojos, me ordenó el carismático religioso con su voz de tenor que retumbó en la casa cural.

A pesar de mi condición de impúber, yo estaba dotado de la suficiente malicia caribeña para captar en el aire el mensaje cifrado, y entendí que el cura

necesitaba deshacerse de mí para ejercer, en paz, su oficio de confesor.

Sobre el escritorio en cedro vi la canasta repleta de monedas que toda la tarde ofició como pisapapeles, encima de una pila de partidas de bautismo que, pacientes, esperaban por su firma. Al lado, la biografía de siempre, la de Santo Domingo Savio, más una Biblia monumental y ediciones viejas de *La Stampa*, de Turín, que el cura releía en sus noches de insomnio.

Pasé con la canastada de monedas frente a su modesto cuarto, que un biombo dividía para alojar, a este lado, la cama, y, al otro, sus efectos personales y su pequeña biblioteca. Bajé las escaleras y me escurrí, por el patio de los mangos, hacia esa “otra” ciudad, en el mismo vecindario, donde la ensordecedora música de la Sonora Matancera, que salía de los parlantes de El Tigre Mono, ese bar de billares y cerveza, competía —mano a mano— con las letanías y cantos gregorianos que emitía el cura por los altavoces de la iglesia.

El padre Fernando Slovez y yo mantuvimos una relación cordial, pero distante.

—¿Dónde nació usted? —le pregunté en la fiesta de su cumpleaños, seis meses atrás.

—En Trieste, cerca de Venecia, la tierra de Marco Polo —expresó, con deleite.

—¿Y ese Marco Polo es algún pariente suyo? —le pregunté curioso.

El cura me relató con tan vívidos detalles sus viajes hasta más allá de los últimos confines del mundo que la media hora del exótico paseo que me regaló, trepado gratis en la maravillosa cháchara de su historia, me quedó zumbando durante muchos meses en ese sector del cerebro donde se anidan los sueños. “Con que el tipo se fue de su casa a los 17 años”, fue el pensamiento que desde entonces me agobió.

Desde la tarde del cuento de Marco Polo, el cura me cayó bien. Recuerdo que por esos días, él y yo conocimos a la libanesa.

La fila de siempre serpenteaba desde el patio de los mangos, en el primer piso, hasta la oficina de la parroquia, ubicada en el segundo. Ese día me topé con mucha gente, una pareja de novios que llegó del corregimiento de Mata de Caña a buscar fecha para su casamiento; un agente del semanario *Frontera* que solicitaba un anuncio con el horario de las misas; un profesor que aspiraba a dar clases de historia universal en el Colegio Pío XII; el maestro de albañilería que vino a pedir un anticipo para repellar la torre del campanario de la capilla... Y, así, unos tras otros, hasta que me sorprendí por la belleza de la última parroquiana de la fila —la libanesa—, que cedía su puesto a quien iba llegando, para poder disfrutar de una confesión tranquila con el cura, sin el acoso de alguien que quedara detrás de ella, en espera del siguiente turno.

Así, por la vía de la confesión de boca, el padre Slovez vino a saber que ella estaba locamente enamorada del párroco, cuyos rasgos varoniles de galán de cine provocaban suspiros y sueños inconfesables a las beatas del vecindario.

Mientras cambiaba las monedas de la limosna, miré hacia arriba, hacia el cuarto donde el padre Slovez confesaba a la libanesa. ¡Qué envidia! Ninguno de estos señalados por la diosa fortuna era de aquí. El cura era de Trieste, Italia, la joven era libanesa y, de encime, el Marco Polo era veneciano. “¡Ñerda!”, exclamé, convencido de haber descubierto el agua tibia: el éxito solo se consigue viajando.

Antes de que despuntara el amanecer del día siguiente, empaqué todo mi patrimonio en una tula y me fugué de mi casa. Cargaba dos mudas de ropa, la novela *El*

tigre de la Malasia, de Salgari, y una cámara Kodak Brownie que me gané en una rifa. También cargué con un viejo ejemplar de la revista *Peneca*, donde encontré “Los viajes de Marco Polo”, y un reloj de pulso, Mido Multifort, automático y con cronógrafo que me acababan de regalar, cuando cumplí los 14. ¡Ah! Y, además, las monedas que por la



Sobre el escritorio en cedro vi la canasta repleta de monedas que toda la tarde ofició como pisapapeles, encima de una pila de partidas de bautismo que, pacientes, esperaban por su firma.

derecha me metí entre el bolsillo, santa comisión por mis servicios como agente bursátil del padre Slovez en la Bolsa de Valores de Loricá.

Salir de madrugada de mi casa en Loricá no era sospechoso. Yo era un fiel monaguillo que no me perdía misa, bautizo, entierro, ni procesión. Aguardábamos ansiosos los sábados porque eran días de numerosos matrimonios de parejas procedentes del campo, y los novios dejaban las arras, trece monedas de diez centavos, que al final de la jornada nos repartíamos entre el sacristán y los acólitos. Con ese dinero pagábamos el desayuno en las mesas de frito del mercado, nos alcanzaba para un batido de níspero con leche y para gastar en galguerías a la hora del “recreo” en el colegio.

Tenía catorce años cuando me largué, apropiado del fantasma del “Marco Polo de Loricá”. Pero claro, sí me intrigaban el mundo, la gente y los enigmas que se ocultaban más allá de la última frontera de mi imaginación.

Con ese espíritu recorrí la geografía de media Colombia —más de mil kilómetros— desde mi casa, en la costa Caribe, hasta alcanzar, allá arriba, la imponente cordillera de los Andes, para luego descender hasta los Llanos orientales. Esta primera aventura la viví en una patria exuberante, provinciana, desvertebrada e incomunicada, donde las trochas se hacían pasar por carreteras, en el año de gracia de 1963.

Mi primera decepción la padecí pocos días después. Yo pensé que mi pueblo estaba estremecido por mi fuga. No fue así. Me contaron que, por pura coincidencia, el padre italiano y su enamorada libanesa también se volaron, justo la misma madrugada, y ese hecho sí que conmovió a las beatas, creyentes y ateos de la Loricá que dejé atrás.

La vorágine no es un cuento

Llegué a Villavicencio con un nudo en la garganta, con el corazón que me explotaba de emociones y con la dificultad de que nadie entendía fácilmente lo que decía.

—Los costeños hablan muy rápido —me dijo el señor de una tienda. —No pronuncian la ese, se comen las palabras. ¡No vocalizan!

¡Claro! En esa época, los caribeños colombianos poco emigraban por el resto del país. Todo quedaba lejos aquellos días. Los propios compatriotas no nos conocíamos unos a otros y las canciones se quedaban en la cocina o a la orilla de los ríos. Lo único que sonaba eran historias de masacres y rumores de los conflictos sociales inconclusos que el país arrastraba desde la mitad del siglo XX. Pocos emigraban al exterior. De Estados Unidos y Europa, uno que otro excursionista de negocios o esmirriado de la posguerra se arriesgaba a visitar el país.

En la geografía nacional apenas cambiaban de plaza los gerentes de bancos, los soldados, los policías, los curas, los deudores, los ladrones, los pordioseros, las prostitutas, los músicos, los presos, los visitantes médicos, los desplazados del choque armado entre liberales y conservadores y los aventureros como yo, que soñaban con viajar por el mundo y seguir los pasos de Marco Polo.

Mi contacto con la violencia nació en estas hermosas tierras libertarias, de ríos embravecidos, atardeceres poéticos y hatos sin fronteras.

El mundo de Villavicencio se me había convertido en un destino deseado a partir de *La Vorágine*, una novela que me despertó un profundo interés en ir a esa lejana Colombia de escenarios selváticos y sensaciones vibrantes que describía el autor. Yo deseaba

recorrer los parajes que Alicia y Arturo Cova transitaban por Casanare en su fuga amorosa desde Bogotá. Mi pasión era viajar, como el Marco Polo de Venecia del que habló el padre Slovez. Este pretexto literario validó mi propósito de seguir una vida nómada y de imprevistos que, cincuenta años después, aún conserva felizmente el vértigo de ayer.

Llovía torrencialmente cuando llegué a Villavicencio. Los relámpagos iluminaban los abismos al pie de la carretera, las camisas de los hombres aún estaban sucias de dolor y odio y los truenos sonaban entre clamores aquella primera noche que Villavicencio fue cómplice de mi melancolía y soledad a esa altura de mi vida.

Convoy al Orinoco

La noche era silenciosa. “Aquí tenemos que dormir en chinchorro y con fogata para protegernos del tigre”, recuerdo que aconsejó en un tramo selvático mi tío. Su nombre, Bernardo Rocha, sargento del Batallón de Infantería de la Séptima Brigada del Ejército colombiano.

A los pocos días de mi llegada a su casa en Villavicencio y de matricularme en el Colegio Caldas, puso el llano al alcance de mis ojos. Me dio la oportunidad de ser parte de un convoy del ejército cuyo destino era visitar los puestos militares distantes de las ciudades, perdidos en las lejanías del Meta, Arauca, Casanare y Vichada, en la frontera con Venezuela.

Me colé camuflado como un polizón entre los soldados, las cajas con municiones y la carga. Dormí con la tropa en los cuarteles de caseríos y puertos fluviales. Empecé a descubrir una geografía infinita, virgen y preciosa. Viajé en amaneceres luminosos, días de calor y noches de luna roja. La excursión fue como un regalo del cielo.

Una oportunidad para conocer un mundo de mujeres que no se asustan con los truenos y de hombres que nacen sobre el lomo del caballo. El convoy avanzaba. En las noches se asomaban millones de luces como diamantes bajo la inmensidad del cielo del Vichada. Los hombres medían la distancia de un lugar a otro en tabacos y el sol de los venados era un espectáculo que hasta el acaraván aguardaba para sorprenderse en su matorral, todas las tardes.

En esa llanura aprendí a tomar café amargo.

“Tómelo cerrero para que el azúcar no le quite el sabor”, me insinuó una mañana el baquiano Florentino Enciso, en el corral del hato El Turpial.

Aromático y humeante, ese café, acabado de colar, me supo a gloria, reemplazó los olores salvajes del corral de las vacas y de los terneros de destete. Entre sorbo y sorbo, los peones ordeñaron. El rocío mañanero se diluyó con los rayos del sol, y el concierto de carraos, arrendajos y pájaros amarillos se trasladó al morichal de enfrente.

Las guerrillas de Aljure

Había transcurrido una década desde cuando, en esa hacienda, Guadalupe Salcedo, el comandante guerrillero más famoso de las guerrillas liberales que operaban en el llano, entre 1949 y 1952, emboscó al Ejército de un Gobierno conservador que mantenía con mano de hierro su dictadura hegemónica en el poder y le propinó un centenar de bajas.

Salcedo había nacido en Arauca y era hijo de un ganadero venezolano y una mujer del departamento de Casanare, Colombia. Entre la gente, el líder guerrillero era visto como un verdadero héroe. Por aquellos tiempos los hombres cargaban con el ocio hasta los bares. Distraían las horas tras el licor,

coqueteando con las mujeres, escuchando la música de las victrolas y jugando carambolas en las mesas de billar.

“El hombre que está en esa mesa perteneció a las guerrillas de Dumar Aljure”, me indicó mi tío. Era de noche y nos tomábamos unos tragos de aguardiente en el bar Entra Si Puedes, en Paz de Ariporo.

Las guerrillas del llano fueron amnistiadas por el Gobierno militar del general Rojas Pinilla, en 1953. Luego de un encuentro entre el Capitán Veneno y el general Duarte Blum, en una finca cerca del municipio de San Martín, los rebeldes depusieron las armas. Ambos bandos coincidieron en declarar “perdón y olvido para trabajar como hermanos en una patria común”.

Un costeño en el páramo

Duitama ha sido un emporio de la papa desde la época de los indios muiscas y fue una de las localidades que más aportó reclutas para la batalla de Boyacá—donde se selló la independencia de Colombia—. Este será mi siguiente destino. Yo soñaba con vivir en una ciudad con aire acondicionado a toda hora. Mi tía Blanca Rocha de Fernández—hermana de mi tío Bernardo, el hombre que me permitió descubrir los llanos— me ayudó a cumplir mis deseos: convertirme en el primer costeño vecino de Duitama.

En su casa tuve la oportunidad de vivir, por primera vez, en un cuarto con piso de madera. Eso sí, estaba obligado a virutearlo y encerarlo todos los fines de semana. De cuatro y cinco grados centígrados era la temperatura a las cinco de la mañana. A esa hora, en que todo estaba mojado por la escarcha y el frío, yo llegaba a la plaza de los transportes.

Por llegar a última hora, debido a mi mudanza de región geográfica, me vi obligado a ir hasta Santa Rosa de Viterbo, municipio



Tenía catorce
octubres cuando
me largué,
apropiado del
fantasma del
“Marco Polo de
Lorica”. Pero claro,
sí me intrigaban el
mundo, la gente
y los enigmas que
se ocultaban más
allá de la última
frontera de mi
imaginación.

distante treinta kilómetros de Duitama, donde vivía, y matricularme para ingresar a quinto de bachillerato en el Colegio Carlos Arturo Torres. Formaba parte de la red de colegios públicos nacionales, al igual que el Caldas de Villavicencio, instituciones que gozaban de reconocido prestigio por su excelente nivel académico.

En la plaza abordaba el bus que nos transportaba hasta el municipio de Santa Rosa de Viterbo. El grupo se creció hasta los quince estudiantes. Viajábamos en la mañana, asistíamos a clases y regresábamos en la tarde a casa por una carretera que serpenteaba entre fincas con cultivos de peras y manzanas. Para poder comerlas, el chofer, a quien apodábamos “Diablo”, de mejillas coloradas y cabello negro engominado, detenía el vehículo unos minutos y nos turnábamos por grupos de compañeros para subirnos por las paredes de tierra pisada y entrar a los cultivos privados. Frutales propios de alturas de páramo que yo nunca antes había visto y que se convertían en una verdadera novedad.

Un costeño recién desempacado, con el espíritu caribeño y todos los bríos de los 18 años de edad, causaba sensación en la provincia del Tundama. Al vecindario y compañeros del colegio les atraía mi acento de otro confín. Me veían como un ser raro bajado de otro planeta.

“Doña Blanca, présteme a su sobrino para una fiesta”, le decían a mi tía las maestras de la red de escuelas públicas los fines de semana. Mi tarea consistía en estar dispuesto a bailar en los bazares de barrio o ir a las fiestas patronales de Tunja, Paipa, Tibasosa, Soatá y Sogamoso. El ánimo de los festejos se estimulaba con chicha de maíz, cerveza o aguardiente Ónix sello negro.

El sexto de bachillerato lo estudié con los curas del Colegio Salesiano de Duitama. Ese año de 1967, en lo deportivo, fundé el Club River Plate para competir en el torneo local de fútbol. Con tres compañeros del colegio creamos un programa dominical, Antena Cultural Salesiana. Frente a los micrófonos de La Voz de los Libertadores, emisora afiliada a Caracol —y por iniciativa de su gerente Clemente J. Rodríguez—, me inauguré en un oficio que más adelante se transformaría en un estilo de vida.

El contrabandista no se improvisa

Llegué a Bogotá con el diploma de bachiller en una mano y un torbellino de preocupaciones en la cabeza.

Mi sueño era estudiar periodismo en la Universidad de América, pero carecía de los recursos para matricularme, pues mis padres me suspendieron la ayuda. El invierno provocó desastres en la agricultura del Sinú y arruinó el algodón de la finca Santa Elena, de mi papá, en el corregimiento de San Nicolás de Barí. Como las benditas sorpresas nunca llegan solas, mi novia me anunció algo inesperado.

—Enrique, vas a ser papá —dijo Marina.

Por primera vez me percaté de que ya tenía diecinueve años y cumplía cinco años de haberme volado de la casa. Mis responsabilidades crecían y eran más serias. Conseguir un trabajo estable se convirtió en mi prioridad. Toqué todas las puertas, pero ninguna se abrió. Los que tuvieron la cortesía de recibirme me rechazaron aduciendo inexperiencia y que no tenía libreta militar, lo que, a mi edad, resultaba peor.

Una mañana, al despertarme y sentirme acorralado entre cuatro paredes en algún suburbio de Bogotá, me formulé esta inquietud: ¿Cómo voy a salir de estos líos en esta urbe de concreto, hostil e indiferente?

En medio de tantas malas noticias tuve la suerte de que el decano de Periodismo de la Universidad de América, Gonzalo González, GOG, aceptó que yo asistiera a clases, en calidad de estudiante presencial. Ello significaba sin derecho a presentar exámenes ni a obtener calificaciones.

Me vi a gatas para asistir regularmente a la Universidad y atender los retos que debía enfrentar día tras día. El dinero no nos

alcanzaba para los gastos básicos, mucho menos para los antojos derivados del embarazo de Marina. Eso nos obligó a una espiral de cambios de vivienda que nos iba enviando a lugares cada vez más económicos. Fue una forma dura de conocer otra de las caras crueles de la capital colombiana. Un drama que se vive en silencio porque uno le oculta a la familia la tragedia que está atravesando por el temor reverencial al qué dirán.

Acudí a los almacenes Tía a ofrecer mis servicios de locutor de promociones, esos que anuncian vajillas, calzones y ollas, pero fui rechazado porque como costeño no vocalizaba correctamente las palabras.

Decidido a todo, crucé la vía y entré a un café de la carrera séptima, famoso porque allí jugaba Mario Criales, el campeón colombiano de billar. En esa oportunidad, conocí a algunos billaristas tahúres, a quienes les escuché algo que llegó como música a mis oídos: “contrabandear artículos de Venezuela”. El negocio me sonó como carambola a tres bandas.

La aventura de ida requería quince largas horas para cubrir un trayecto de quinientos kilómetros, a través de tortuosas carreteras de montaña, peligrosas y en pésimo estado. Empecé de pasajero, pero me di cuenta de que podía ahorrarme el costo de los pasajes si trabajaba como ayudante. Al poco tiempo era parte de la tripulación de los buses de Berlina del Fonce y de Expreso Bolivariano, en la ruta Bogotá-Cúcuta, como ayudante del chofer.

En mi calidad de rutilante asistente del chofer, yo viajaba atornillado a una incomodísima banca de madera que ponía al lado de la puerta. Claro que no pagaba el valor del boleto, pero, a cambio debía limpiar los vidrios, echarle agua al radiador y tanquear la gasolina en las estaciones de servicio y, como es propio del oficio, ayudarle al

conductor del armatoste a parquear en sitios estrechos con el “dele..., dele..., dele..., pare..., ¡párelo!”.

No sé si por mi vocación de comunicador, la parte que más gozaba de este oficio era cuando, colgado en la puerta de la flota, gritaba los nombres de los pueblos para atraer pasajeros: “Chocontá, Ventaquemada, Tunja, Arcabuco, Moniquirá, Barboza, Oiba, Vado Real, Socorro, San Gil, Piedecuesta, Bucaramanga, Pamplona...”. Y, quinientos kilómetros adelante, por fin: “Cúcuta”.

Cuando llegábamos a Cúcuta, capital de Norte de Santander, dábamos un respiro de alivio porque estábamos a mitad del periplo. En ese momento, dejaba de ser ayudante de bus y pasaba a fungir en mi nueva responsabilidad, en el ramo del comercio internacional, porque gracias a Dios no se había negociado el TLC con Estados Unidos. Debía atravesar la frontera de Colombia a Venezuela para hacer las compras en los almacenes de San Antonio de Táchira.

En la primera ocasión que pisé tierra extranjera, no podía quitarme la imagen de mi mamá de la cabeza, así que lo primero que hice al poner un pie al otro lado de la frontera fue correr hasta una oficina de telégrafos para escribir el siguiente marconígrama: “Mami, encuéntrome en el extranjero, me siento Marco Polo. Te extraño”. Como en esa época no existía el Facebook, mi telegrama “urgente” llegó a sus manos en físico papel, cuarenta y ocho horas más tarde.

Debido a que no contaba con recursos para el hotel, el negocio consistía en comprar, en el menor tiempo posible, en los almacenes del Táchira aparatos electrónicos japoneses, té hindú, manzanas de California, ropa francesa y pomada tigre de China por encargo especial de algunos amigos libidinosos. Una vez que cruzaba la frontera de regreso a Colombia, corría a asumir mis

funciones como empresario en el ramo del transporte interdepartamental.

Los buses salían repletos de mercancías de prohibida importación a cargo de unas señoras y señores que llamaban “matuteros”. La carga se escondía estratégicamente debajo de las sillas y en el maletero del bus. El objetivo era tratar de disimular la cantidad y calidad del contrabando para poder regatear con los agentes de aduana que establecían retenes a lo largo de la carretera.

Por eso, cada viaje de regreso a Bogotá era una estresante batalla de regateo entre el personal de la aduana y los dueños de la mercancía. La mecánica era siempre la misma. Los inspectores de la Aduana subían al bus, daban un vistazo a la carga y luego descendían. Acto seguido un representante de los “honestos ciudadanos matuteros” bajaba del bus para negociar con un representante de los agentes de la aduana. Luego del tire y afloje de rigor, los policías recolectaban su “mordida” y los satisfechos pasajeros continuaban su viaje a Bogotá.

La novedosa mercancía se vendía en los San Andresitos, unos establecimientos de comercio informal de Bogotá donde se ofrecían productos de contrabando. Este comercio les permitía a los pobres alcanzar su “sueño americano”, pues, a través de esa ilegalidad consentida, podían acceder a productos de nueva tecnología o de última moda que solo los ricos que viajaban al extranjero lograban comprar.

Estos comercios florecieron en los años sesenta en las principales ciudades del país, para vender artículos que en esa época no se podían importar del exterior. El contrabando lo traían desde Panamá, San Andrés Islas, Maicao y San Antonio del Táchira, Venezuela. Resultó tan exitoso este comercio ilegal que ningún Gobierno ha podido erradicarlo, y, como todo negocio subterráneo, sigue

creciendo en proporciones monumentales. Es lo que ocurre en todos los mercados negros del mundo, que no se acaban porque el dinero lo compra todo, en especial los favores del poder.

En esa época mi vida dependía de la economía del rebusque. Aprovechando las circunstancias volvía a la Facultad, asistía a clases y, de paso, vendía perfumes a los compañeros de periodismo.

“Salgan a la calle hasta la carrera séptima y vayan a la esquina del diario *El Tiempo*: observen, tomen nota y regresen”, nos ordenó un profesor de periodismo de la Universidad de América. “La tarea consiste en escribir una pieza narrativa sobre ese recorrido”, dijo el profesor. En una de esas caminatas, estando en el edificio del periódico de la Avenida Jiménez, soñé con escribir en *El Tiempo* y pensé: “nada pierdo con ofrecerles mis servicios”.

Era medio día, entré y, luego de preguntar por uno de los mandamases, esperé en el *mezzanine* a que volviera de almorzar el jefe de la sección Bogotá D. E. Casi a las dos de la tarde llegó el titular de esa posición, un cachaco bogotano de saco, chaleco y corbatín que me recibió con una actitud que me hizo sentir cómodo. “El barrio en el que tú vives ya tiene corresponsal”, dijo. “Otra oportunidad como esta no se me vuelve a presentar en la vida”, pensé, y saqué una carta del fondo de mi atrevimiento. Se me ocurrió manifestarle que me diera la opción de hacerme cargo de las noticias del Centro Nariño. “Me voy a mudar a ese barrio la próxima semana”, atiné a decirle.

Kilian aceptó encantado y de inmediato fui a la carrera 22B con calle 44, frente a la Universidad Nacional de Colombia, casa de la familia Rincón Zapata, viejos amigos desde cuando fueron mis vecinos en Villavicencio. “Si preguntan, digan que yo vivo

aquí”, les solicité. Aceptaron sin problemas, y justamente dormí allí más de una noche que amanecimos jugando naipes y escuchando música de Los Iracundos y Los Ángeles Negros, entre copa y copa.

Mis primeras notas para el diario fueron de esencia comunitaria, como el continuo registro de accidentes de los buses de servicio de transporte público de la Flota Blanca, provocados por los huecos en la vía y la falta de semáforos, el aumento de grafitis en las paredes y la presencia de pandillas de delincuentes.

Años más tarde, cuando ya me había graduado en relaciones internacionales en la universidad, subí a la oficina de don Enrique Santos, director de *El Tiempo*, junto con Edmundo Viña Laborde, un competente profesor uruguayo de geopolítica. Ofrecimos escribirle artículos sobre actualidad internacional que luego fueron publicados en el suplemento dominical.

A algunos de los discípulos de la universidad les entregué frascos de agua de colonia fiadas para pagarlas a plazos y hoy, cuarenta años después, no me resigno a aceptar que estos compañeros me tumbaron. Con algunos de ellos nunca más nos volvimos a ver, pues mi vida giraba sin rumbo fijo y me veía precisado a tomar, sin proponérmelo, caminos inesperados. “A Hernando Villalba tienes que ir a cobrarle al Cerrejón”, me recomendaron entre risas.

En esos días, ante la precaria situación que vivía con Marina, nos sentamos a pensar en un plan B.

—Prefiero irme a vivir a la finca de mis hermanos —sentenció mi novia.

Desde esa tarde, tuve el privilegio de descubrir dónde quedaba el corazón del departamento de Santander. Cada quince días me programaba para visitar a la que en pocos

meses sería la madre de mi primer vástago, en una finca ubicada en las vecindades de Vado Real, caserío del municipio de Suaita, Santander. Para arribar allá, me trepaba en Bogotá en uno de esos buses que efectuaban el viaje por la autopista troncal del norte por la vía Tunja-Bucaramanga.

Al cabo de ocho horas de viaje, en Vado Real trasbordaba a un bus abierto, tipo “chiva”, que trepaba montañas con su carga de campesinos y mercados. Luego descendía en una fonda refundida en el cruce de cordillera y río, sitio donde servían esos generosos platos “levantamuertos”, con exquisita carne oreada, chorizos y yuca asada, que la gente reconoce como “comida para camioneros”. Allí debía contratar una mula que me subiera hasta la finca.

Si no había mula disponible, caminaba como un “jodido errante” por las trochas, fangosas en días de lluvias, hasta que más tarde coronaba la montaña donde me esperaba mi amada.

En la finca dormía con un ojo abierto. Mi familia política no me tragaba con facilidad. Cuando les aseguré que éramos casados, noté una sombra de cabreo en sus miradas que me puso a sudar. Ellos eran conservadores y sobreprotectores y no concebían que un costeño irresponsable se atreviera a manchar el honor de la familia.

Allí tuve que actuar en uno de los papeles teatrales más exigentes de mi adolescencia. Ante mis nuevos parientes aparecí como un joven marido, dispuesto a conformar un hogar, al lado de su joven hermana, que esperaba su primer bebé. Con tal de salvar el honor de la familia, y mi propia vida, me ofrecí a realizar, las labores más duras del campo.

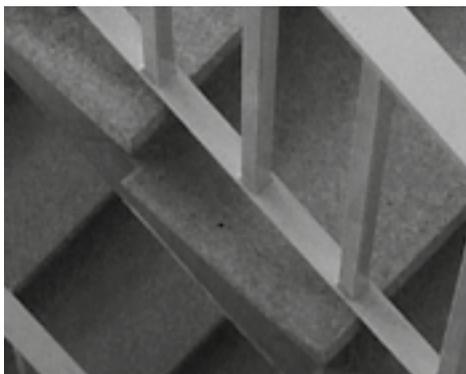
Mi ilusión era la universidad, pero el destino me convirtió en un desaliñado e improvisado hombre de campo. Mi nueva

familia trató de ayudarnos y nos asignó un cuarto, pero resultó ser el más ruidoso de toda la finca. Ahí mismo, en el sótano, bajo el piso de madera, rugía el motor de kerosene que generaba la energía tanto para la casa como para el trapiche donde fabricaban panela con melaza de caña. ¡Qué experiencia tan sonora! Era como intentar dormir trepado en una Harley Davidson de 1500 CC, con escapes abiertos.

Hubo días en que al sentirme al aire libre, cobijado por ese cielo santandereano mientras contemplaba los cultivos, la huerta y la vaca lechera, dejaba volar la imaginación y me sentía protagonista de la *Familia Ingalls*. Pero en segundos las responsabilidades me bajaban de esa nube y, entonces, me calaba el sombrero y corría a cumplir tanto los deberes propios de un trabajador del campo como los de esposo diligente. Allí, entre la belleza del paisaje y mi mujer embarazada, hice todos los sinceros esfuerzos para adaptarme a la dura vida campesina y, de paso, despejar toda sospecha de que yo era un costeño fiestero y dicharachero recostado en la sólida economía de mi nueva familia política.

Fueron días muy exigentes. Primero, porque debía mantener ante los hermanos de Marina la ilusión de que éramos casados. Y, segundo, porque debía compensar con derroche de simpatía mi torpeza para los trabajos del campo. Confieso que pasé dificultades, pues, como hombre de ciudad, jamás tuve la fuerza y las destrezas que adornan a nuestros esforzados campesinos. ¡Qué nostalgia por esa vida muelle en Lórica, cuando lo más exigente era madrugar en ayunas para servir como monaguillo en la parroquia!

Durante muchos días, preocupado por el futuro y mis estudios, regresé a la fría Bogotá y le descubrí colores que jamás antes noté. Esta vez, sin norte definido, decidí



En la finca dormía con un ojo abierto. Mi familia política no me tragaba con facilidad. Cuando les aseguré que éramos casados, noté una sombra de cabreo en sus miradas que me puso a sudar.

especializarme de “todero” para cuadrar los recursos básicos que me permitieran atender a mi nueva familia. Pero, eso sí, sin renunciar a mi sueño de graduarme algún día de la universidad y continuar recorriendo los caminos de la vida, con espíritu libre.

Cuando por fin logré consolidar mi negocio de comercio internacional y aprendí de memoria la tortuosa carretera que me llevaba cada semana hasta Venezuela a traer productos novedosos de contrabando, cometí el error del ingenio.

“Fíeme, don Enrique, que yo soy buena paga. El lunes le traigo la plata”, me juró un maestro de la construcción que hacía un trabajo de remodelación en la casa de mi tía, en Bogotá, cerca del Jardín Botánico. Convencido de su palabra, le entregué mercancía por valor de cinco mil pesos. Todavía lo estoy esperando. Un albañil, más vivo que yo, me dejó en la calle. Sin capital de trabajo, con un golpe emocional tan sorpresivo, decidí cambiar el rumbo de mi vida.

Volví a madrugar para espulgar los avisos con ofertas de trabajos del diario *El Espectador*. Transcurrida una semana de peregrinar por oficinas y fábricas, ¡milagro!, encontré el aviso que aliviaría mi situación por el resto de mi vida:

“¡Oportunidad! Se necesita joven menor de 25 años interesado en ganar 25.000 pesos al mes. Presentarse en Interlibros, Ave. Jiménez n.º 8-79, oficina 801, entrevista con el Sr. Quintana”.

Incrédulo, releí el aviso clasificado sin ocultar mi emoción.

“Ese es mi puesto”. Me enfundé mi traje a rayas que me hacía lucir “muy ejecutivo”. En el ascensor me acomodé la corbata y me presenté en el octavo piso del edificio que se levantaba al lado de la Librería Buchholz.

Antes de cinco minutos me percaté de que era otro de los cien soñadores, disfrazados de “ejecutivos”, que aparecimos ansiosos de meternos, sin mayor esfuerzo, 25.000 pesos al bolsillo. Nos recibieron con una larga charla de introducción. Durante tres días

nos lavaron el cerebro con conferencias y talleres sobre técnicas de venta.

Cuando los primeros 94 “ejecutivos” se sacudieron la tentación de volverse millonarios, el señor Quintana sentenció: “Los triunfadores en la vida son pocos, porque la excelencia no se da silvestre”. Los seis despidados que resistimos las interminables conferencias y nos graduamos de “nada” sonreímos, como idiotas, y sacamos pecho. Con semejante desafío, más la bendición del señor Quintana, y armado con los catálogos de una editorial de Barcelona, comencé el vía crucis de recorrer —de arriba a abajo— la capital, en el intento de venderle libros a amigos, conocidos y desconocidos.

Organicé mi itinerario por zonas para aprovechar mejor mi tiempo. Fui a ver a cada cliente trajeado de manera impecable, con camisa de cuello blanco almidonado, saco, corbata y pisacorbata.

Fiel a las técnicas aprendidas en los libros de superación personal de Dale Carnegie leídos en la biblioteca de mi padre, saludaba con un apretón de manos, al tiempo que miraba directamente a los ojos a mi presa. Derrochaba seguridad, energía y optimismo.

Con aire de ejecutivo, tomaba nota de las fechas de cumpleaños de mis presuntos clientes y las de sus hijos y preguntaba sobre la fecha de sus aniversarios de bodas. En cada caso solicité que me repitieran sus nombres, apellidos y profesión para grabarlos y dirigirme a ellos por sus nombres completos, como aconsejaba el exitoso autor norteamericano en *Cómo triunfar en la vida e influir sobre los demás*.

Pedí que me compartieran datos, profesiones y aficiones de algunos amigos cercanos con el propósito de anunciarles mi visita. Lista de chequeo en mano, puse en práctica todos los pasos que me enseñaron para

convertirme en un ejecutivo líder del mundo editorial. Aprendí de memoria los secretos que nos transmitió el vendedor estrella de la compañía, que, según el Sr. Quintana, era la octava maravilla en gestión comercial, productor de millones de pesos en ventas, lo que le permitía ganar jugosas comisiones.

Pese a que apliqué todas las recomendaciones recibidas, pasaron días y semanas sin poder cristalizar ningún negocio.

“No se rindan, el comienzo es duro”, nos animó el asistente del Sr. Quintana la mañana en que aparecimos los tres “mejores ejecutivos de nuestra promoción” dispuestos a devolver los catálogos y las tarjetas de negocios...

Después de unos minutos de dudar sobre mis capacidades para ese oficio, recuperé el ánimo. Recordé que mi padre, José Manuel Córdoba García, fue durante los años 1960, 1961 y 1962 el mayor vendedor de seguros de vida en Colombia, como agente de Colseguros. Aunque él jamás trabajó fuera del departamento de Córdoba —una provincia feudal y sin industrias—, superó a los vendedores de Bogotá, Cali, Medellín, Barranquilla y demás ciudades importantes del país.

“No me doy por vencido. La estrategia triunfadora es cambiar de territorio”, fue mi reflexión. Unas semanas más tarde, le extendí el catálogo con las ilustraciones a color de las enciclopedias a Juanita García Manjarrés, directora del Instituto Comercial y de Cultura Femenina, en Sincelejo, Sucre.

Mientras ella observaba el folleto, mi imaginación sacaba cuentas alegres sobre el treinta por ciento de comisión que me correspondía. Cuando Juanita levantó su mirada del catálogo y me sonrió, yo sentí que mi caja registradora tintineaba, señal de que había cerrado mi primera venta.

Pero justo, en ese momento, escuché la voz de mi tía, Feliciana Córdoba García, secretaria del plantel.

“Enriquito, esos libros ya los tenemos en la biblioteca del colegio”.

En ese momento sentí un viento frío que, en semejante calor, me congeló el alma.

Cuando ya estaba haciendo cuentas de cuál sería la forma más económica de suicidarme, la tía me reanimó: “Pero, si me traes la enciclopedia cultural Utthea y la Biblioteca de Premios Nobel de Aguilar, te las compro”.

Salí entre aturdido e ilusionado con la idea fija de viajar a Bogotá, para solicitar empleo en la otra editorial y regresar a la costa para coronar mi primera venta en el colegio de Juanita García.

Durante el viaje le di una segunda pensada a esa estrategia. Quizás debería explorar el mercado de Villavicencio. Suponía que “allí había dejado muchos amigos” y pensé en convencer a los conocidos de mi tío Bernardo. Con esa obsesión atravesé en diagonal el extenso país convencido de que en los Llanos me haría rico a punta de colocar enciclopedias.

Para aprovechar el potencial comercial de los llanos pacté una alianza estratégica con Antonio Akel, un tipo calvo, dicharachero y bonachón, de origen greco-libanés, con quien recorrí, casa a casa, todos los barrios de Villavicencio, Cumaral y San Martín. Él vendía telas y yo ofrecía libros. “Confía en mí”, decía. “Un griego hace por dos judíos”. A los tres meses, Akel me reforzó mi sospecha: en los llanos se cosechaba arroz y se engordaban vacas, pero la cultura no se cultivaba en la región.

Ese día, frente a una cerveza, Akel me confesó que su aventura comercial se había trocado en aventura pasional. “Enrique, paisano querido, necesito tu ayuda.

Acompáñame a Bogotá”. Sin tiempo para darle una segunda pensada a la propuesta, me vi envuelto en un lío de faldas.

Una bellissima rubia apareció corriendo con una niña en los brazos. “Me estoy fugando de un marido violento que me maltrata”. Tan pronto arrancó el bus, la rubia me agarró la mano: “Señor, ¡agáchese! ¡Es mi marido, es peligroso y está armado!”. Por segundos me libré de aparecer en la página roja de la prensa bogotana, bajo el titular: “Rubia envuelve en crimen pasional a joven costeño que vendía enciclopedias”. ■

